X 13-12-2017

6

EN UN NUEVO PENTECOSTÉS

El Espíritu Santo en la vida del cristiano

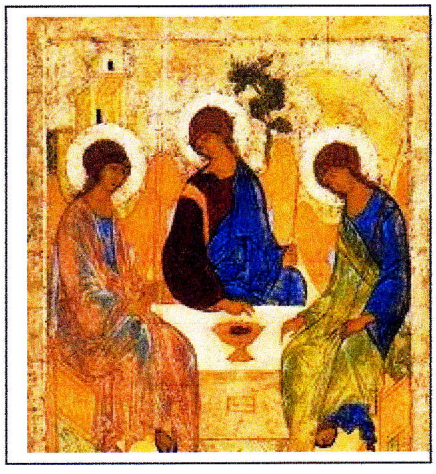
YO HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS

(Ap 21,5)

Las personas necesitamos
amar y ser amados.
El amor es lo
que da sentido a nuestra vida.
El amor provoca alegría,
es el motor de la esperanza,
quien nos hace fuertes
y da paz y serenidad.
Todo cambia cuando nos sentimos
amados tal como somos
y por nosotros mismos.
Entonces somos libres
frente a miedos y complejos.
La experiencia del amor
hace nuevas todas las cosas.

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5).

El Espíritu Santo es Dios, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, que une al Padre y al Hijo en un amor infinito y eterno. Dios es amor y así se nos ha querido dar a conocer. Tener claro quién es Dios es muy importante porque no es lo mismo acercarse a un Dios juez, perverso o egoísta, o bien a Alguien que me ama tal como soy y que está dispuesto a hacerme feliz. El Espíritu Santo es quien viene a nuestros corazones para abrirnos los ojos y llevarnos a la Fe en el Dios verdadero.

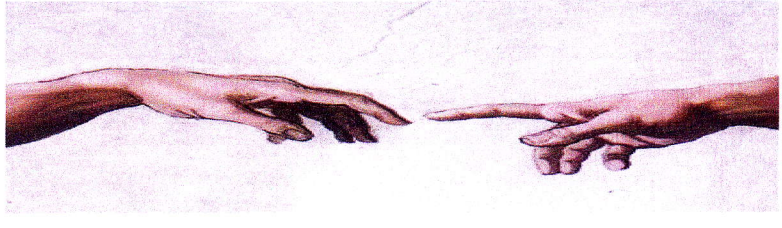


Desde el principio de la creación, **el Espíritu Santo es quien da vida a todas las cosas** y las llena de su belleza y bondad.

La tierra no tenía entonces ninguna forma; todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, y el espíritu de Dios se movía sobre el agua. (Gn 1,2)

En el origen del mundo no está la casualidad sino un acto de amor. Especialmente el ser humano existe porque Alguien ha querido, porque nos ha querido. Alguien quiere que vivas y por tanto, tu vida tiene un sentido, un para qué. Y ese amor que da el Espíritu Santo nos acompaña a lo largo de nuestra existencia.

Descubrir la presencia del Espíritu Santo en la creación nos ayuda a reconocer que cada ser humano, desde su concepción y hasta el final tiene una dignidad preciosa. Más allá de su desarrollo, de sus capacidades físicas, intelectuales o morales, cada persona es siempre la "suma del amor de Dios".



Los profetas anunciaron que el Espíritu Santo sería enviado en los tiempos del Mesías para regalar a los hombres un corazón nuevo, una nueva forma de vivir que por nuestras solas fuerzas no somos capaces de alcanzar.

Os daré un corazón nuevo,
y os infundiré un espíritu nuevo;
arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra,
y os daré un corazón de carne.

Os infundiré mi espíritu,
y haré que caminéis según mis preceptos,
y que guardéis y cumpláis mis mandatos.

Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres.
Vosotros seréis mi pueblo,
y yo seré vuestro Dios.

(Ez 36, 26-28)

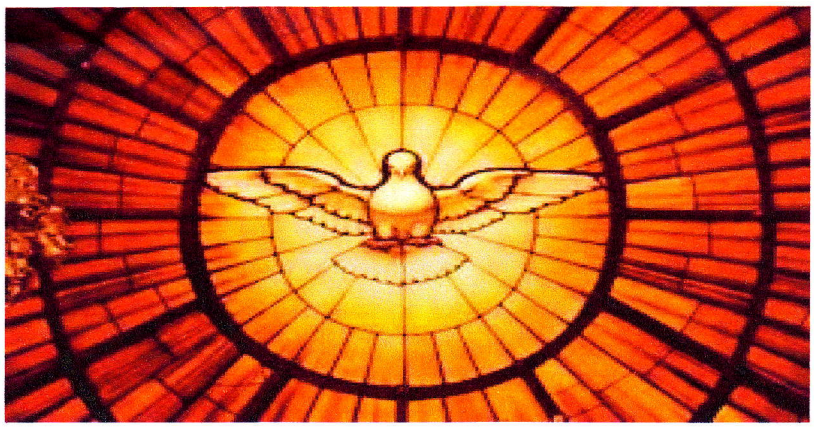
El corazón de piedra es símbolo de la persona endurecida, que se aleja de Dios y de los demás, sin amor, cerrada en sí misma y desconfiada, incapaz de comprender y perdonar, víctima de sus miedos y de sus complejos. En el corazón de piedra no hay alegría, no hay ternura sino rencor, envidia y desilusión.

Acoger a Jesús
y el Don de su Santo Espíritu
nos cambia desde dentro:
sentimos que más allá de lo que hagamos o dejemos de hacer somos amados,
únicos, con un valor incuestionable...
Nada mejor que tener esta experiencia
para que nuestro corazón
se haga de carne, con sentimientos de ternura,
de comprensión, de generosidad, de gratitud...
Y sobre todo, con una alegría y unas ganas de vivir a prueba de dificultades y problemas.

Finalmente **Jesucristo, después de su Resurrección envió al Espíritu Santo sobre sus discípulos reunidos con la Virgen María en la fiesta de Pentecostés**. El Espíritu Santo hace el milagro de convertir a los apóstoles en "otro Jesús". Desde aquel momento, en cada cristiano, Jesús mismo se encuentra con nosotros.

Cuando llegó la fiesta de Pentecostés, todos los creyentes se encontraban reunidos en un mismo lugar. De repente, un gran ruido que venía del cielo, como de un viento fuerte, resonó en toda la casa donde ellos estaban. Y se les aparecieron lenguas como de fuego que se repartieron posándose encima de cada uno. Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu hacía que hablaran. (Hch 2, 1-4)

¿Necesitas el ánimo de Cristo? Búscalo en tu hermano.
¿Necesitas un buen consejo? Pídelo a tu comunidad.
¿Quieres recibir el abrazo de Jesús? Lo recibirás en la acogida de los que formamos la Iglesia.



Pentecostés también es hoy. Jesús Resucitado ha subido al cielo pero sigue presente entre nosotros en la vida de la Iglesia. El Espíritu Santo hace posible por los Sacramentos y la oración, la predicación del Evangelio y el amor fraterno, que el mismo Jesucristo se siga acercando a cada persona para abrazar, sanar, perdonar, liberar y salvar.

Y yo le pediré al Padre que les mande otro Defensor, el Espíritu de la verdad, para que esté siempre con vosotros (Jn 14,16)

DONES DEL ESPÍRITU SANTO:

Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de prudencia y sabiduría, espíritu de consejo y valentía, espíritu de ciencia y temor del Señor. Le inspirará el temor del Señor (Is 11, 1-3)

El Espíritu Santo es quien nos une a Jesucristo y nos regala los mismos dones que le fueron dados a Jesús. De esa manera somos renovados, estrenamos un corazón nuevo, a semejanza del corazón de Jesús.

Sabiduría: nos hace estar a gusto con Dios y sentirle cercano. Experimentamos su amor gratuito e incondicional.

Temor de Dios: nos ayuda a reconocer que somos humanos y no "superman". Pero, sobre todo, nos regala confianza y gratitud. Nos hace entender que nuestra vida está en manos de Dios y desarrolla en nuestro interior el amor a su voluntad por encima de todas las cosas.

Entendimiento: nos ayuda a conocer y vivir de corazón los Misterios de Dios.

Ciencia: abre nuestros ojos para reconocer la bondad y la grandeza de Dios en las personas y en todas las cosas que Él ha creado por amor.

Fortaleza: en este Don superamos miedos y complejos. Dios pone su amor en los momentos más difíciles y complicados para que nos mantengamos fieles y no nos dejemos vencer por el desaliento.

Consejo: ilumina para conocer lo que Dios quiere de nosotros mostrándonos qué es lo que nos lleva a la alegría y a la paz y lo que nos separa de ella.

Piedad: nos ayuda a buscar a Dios y a orar desde el corazón.

LOS CARISMAS DEL ESPÍRITU SANTO

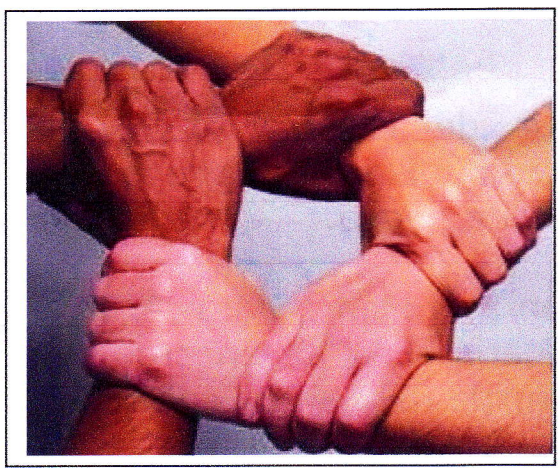
Son dones sobrenaturales que el Espíritu Santo regala para que podamos enriquecernos unos a otros. Los carismas no son de "uso propio" sino que los recibimos siempre para el beneficio de los demás.

San Pablo explica la diversidad de carismas en los capítulos 12 y 13 de la Primera Carta a los Corintios.

De esta manera entendemos que la Iglesia es una familia, en la que nadie es autosuficiente o mejor que los demás, sino que todos nos necesitamos unos a otros, aportando los carismas que Dios nos regala.

Pero nunca nos olvidemos que lo más importante no es lo que uno haga o deje de hacer o la misión que ha recibido de Jesús sino el **amor con el que vivimos el día a día.**

¿Cuáles son tus carismas? ¿Qué puedes ofrecer tú para ayudar a los demás?



Frutos del Espíritu Santo

El Espíritu Santo nos va cambiando y eso se nota.
Estos son los frutos que provoca en nosotros su venida
amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí.
(Gálatas 5,22-23).

Te darás cuenta que todo esto no es una conquista de tus fuerzas sino la consecuencia de llevar en tu corazón la Presencia del Espíritu Santo. Por tanto, si te falta alegría o amor es la señal de que necesitas pedir al Espíritu Santo que descienda sobre ti.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Como resumen de todo lo anterior te habrás dado cuenta de la importancia que tiene la Presencia del Espíritu Santo para vivir y la necesidad que tenemos de invocarle como hicieron los Apóstoles con María en el primer Pentecostés.

Quizá te preguntes: ¿por qué muchas personas que se han confirmado no han tenido esa experiencia de Dios?

El Espíritu Santo no es magia. El Espíritu Santo desciende, en primer lugar, cuando la persona está realmente preparada para acogerle. Es importante estar preparado. Ahora bien, donde nos equivocamos es en la forma de la preparación.

"Si soy bueno, si hago todo bien, si cumplo los mandamientos... entonces el Espíritu Santo vendrá sobre mí". Pues esto no es así. Justamente el Espíritu Santo viene sobre los pecadores y sobre los débiles para cambiar su vida.

En los Apóstoles reunidos con la Santísima Virgen en Pentecostés aprendemos cuál es la mejor manera para recibir el regalo del Espíritu Santo:

- **reunidos**: necesitamos descubrir de corazón que nos necesitamos unos a otros, la comunidad, el grupo, si queremos de verdad estrenar una vida nueva.

- **con María:** los discípulos buscaron a la Madre para rezar y estar con Ella. Al acercarnos a María, Ella se encarga de educarnos y prepararnos para la venida del Santo Espíritu.

- **humildad y fe:** el humilde es la persona que reconoce que sin Jesús no puede hacer nada. Nada sin Él...todo con Él.
  Los discípulos eran como nosotros, con sus pecados y debilidades, dificultades, miedos y heridas pero con su confianza puesta en el Señor.

Los discípulos se reunieron en el **cenáculo**, lugar en el que Jesús celebró la Última Cena e instituyó la Eucaristía. Esto no es casualidad.

El Sacramento de la Eucaristía es Jesús mismo, vivo, realmente presente con su Cuerpo y con su Sangre, quien nos da el Espíritu Santo a quien se acerca a Él con Fe.

Para una Nueva Evangelización es necesario estar abiertos al cambio, estar dispuestos a caminar por nuevas sendas... Esto es lo que llamamos **conversión.**

Si queremos un cambio en la sociedad lo primero es que nosotros mismos caigamos en la cuenta de la necesidad de cambio en nuestra propia vida.

La conversión de los demás comienza por nuestra propia conversión.

El Espíritu Santo fue llevando a los discípulos antes de Pentecostés por un camino de conversión.

Normalmente cuando descubrimos que necesitamos cambiar pensamos en nuestras obras: quiero rezar más, rectificar comportamientos o actitudes que no son buenas... Todo esto está muy bien, pero la conversión es algo más profundo y radical. **Convertirse es orientar la vida hacia Jesucristo.** Y este cambio no es superficial sino que nace en lo más hondo de nuestro corazón, allí donde sólo Dios puede entrar y conocernos.

El Espíritu Santo entra en nosotros mostrándonos las raíces de aquello que nos está separando de verdad de Jesucristo y que muchas veces somos incapaces de ver y que no podemos calcular: nos hace ver desconfianza, rencores, heridas no curadas, miedos... El Espíritu Santo nos hace descubrirnos pobres, **pero sobre todo, amados.**

Entonces empezamos a experimentar un Jesús nuevo, vivo, (que no es ideas o normas) que me quiere a mí personalmente, que le conozco no por lo que otros me cuentan sino por propia experiencia.

Después de este encuentro con el Señor, el Espíritu Santo provoca en nosotros sentimientos de arrepentimiento, paz, alegría, ganas de rezar, crecimiento en la fe, deseo de Dios y de vivir en su voluntad, de buscar a los demás y compartir con ellos lo que nosotros vivimos...

La conversión personal es el primer paso de la Nueva Evangelización.

El Espíritu Santo nos conduce por un camino de madurez en la Fe, que nosotros llamamos **"santidad".**

Esta madurez en la Fe se concreta en el amor a la Eucaristía y a los hermanos. La persona que va entrando de verdad en Jesús siente hambre y sed de recibir a Jesús en la Comunión, de estar con Él junto al Sagrario...

Siente como el Señor fortalece, ayuda, ilumina... El Espíritu Santo abre nuestros ojos para reconocer a Jesús Resucitado en la Eucaristía.

Entonces, el amor que recibimos de Cristo es el que después nos ayuda a mirar a los demás y mirarnos a nosotros mismos con los ojos de Jesús y a sentir que **formamos parte viva de la familia de la Iglesia**.

Nos mueve a rezar unos por otros, a escuchar, a estar disponibles, a desgastar nuestra vida por Dios y por los demás, especialmente a los más débiles y necesitados.

El Espíritu Santo nos hace vivir la gratuidad para acoger a los demás sin juzgar ni criticar, sino para querernos tal como somos y compartir unos con otros nuestra experiencia de Fe en Jesús, para que nuestra alegría sea completa.

Por todo ello, con María, como en el primer Pentecostés, oramos también al Espíritu Santo:

Espíritu Santo, eres el alma de mi alma, te adoro humildemente.
Ilumíname, fortifícame, guíame, consuélame.
Y en cuanto corresponde al plan del eterno Padre Dios
revélame tus deseos.
Dame a conocer lo que el Amor eterno desea en mí.
Dame a conocer lo que debo realizar.
Dame a conocer lo que debo sufrir.
Dame a conocer lo que con silenciosa modestia y en oración,
debo aceptar, cargar y soportar.
Sí, Espíritu Santo, dame a conocer tu voluntad
y la voluntad del Padre.
Pues toda mi vida no quiere ser otra cosa
que un continuado perpetuo Sí a los deseos
y al querer del eterno Padre Dios.